

Misión del cristiano

JUAN JOSÉ GUERRERO ROIZ DE LA PARRA

Sí, soy cristiano. No lo oculto, pretendo vivir como tal y no me siento superior a los que no lo son ni pretendo –a cristazo limpio– “convencerlos” para que me imiten.

Estas afirmaciones pueden ser entendidas de maneras muy diversas, según sea la idiosincrasia y creencias de quien las lea. Por eso considero importante precisar el sentido en el que hago tales aseveraciones y los comportamientos que implican, lo cual constituye la esencia de este artículo: esclarecer la misión del cristiano.

Ser cristiano y vivir como tal

Desde un punto de vista jurídico, cristiano es todo aquel que está bautizado. Como esto es un rito que suele hacerse poco tiempo después del nacimiento de la persona, se dan muchos casos de gente bautizada que, cuando es adulta, se confiesa cristiana pero “no practicante”, lo que en sí me parece un contrasentido.

Cuando yo me confieso cristiano quiero decir que, además de estar bautizado, procuro vivir teniendo como ejemplo a seguir a Jesucristo, al que conozco, fundamentalmente, a través de los escritos del Nuevo Testamento, pero también mediante un conjunto de experiencias que me han servido para reafirmarme en la fe.

Tomar a Cristo como modelo no corresponde a una decisión que haya tomado en cierto momento de manera consciente y que esté cumpliendo satisfactoriamente, pues no depende de mi esfuerzo personal. En efecto, para seguir a Jesucristo se necesita fe y ésta la otorga Dios mediante la Iglesia a modo de semilla que se puede ir desarrollando o no, según el uso que cada

persona haga de su libertad. Es importante dejar constancia de que a nadie se le puede imponer el hecho de que sea, o se haga, cristiano.

Este seguimiento de Jesucristo implica la posesión de un espíritu humilde y agradecido que reconoce que todo cuanto se tiene y se es procede de la magnanimidad de Dios, que a cada persona concede lo que necesita para su salvación. Incluso tal espíritu también se posee por pura gracia de Dios, sin que medie ningún voluntarismo. Por lo tanto, no cabe vanagloriarse de nada, pues no hacemos más que gestionar mejor o peor los dones que se nos han concedido.

La voluntad de Dios

Lo que Dios me pide –y supongo que a los demás también, sean o no cristianos–, es el que entre en su voluntad en cada instante de mi vida, pues de esta manera me será más fácil llegar a poseer la Vida Eterna, esa maravilla que “ni ojo vio, ni oído oyó, ni mente alguna puede imaginar” y que tiene preparada el Padre para los que lo aman.

Pero si tengo una mente capaz de razonar, ¿por qué no puedo hacer mi voluntad y debo someterme a la de Dios?

Pues porque Él me ha creado, sabe cómo soy con todo detalle, conoce lo que me conviene para realizarme como persona, desea hacerme infinitamente feliz y es todopoderoso. En cambio, yo, a pesar de mi capacidad para razonar, estoy sujeto a pasiones y tentaciones que, hasta cierto punto, condicionan mi claridad de juicio, ya que fui creado con libertad, pues se me hizo a “imagen y semejanza de Dios”. Además, tengo experiencia del final tan distinto del imaginado al que me condujo el hacer mi voluntad cuando no coincidía con la de Dios para mí. Es decir: en las ocasiones en las que pequé.

Entonces, ¿cuál es la voluntad de Dios para mí? En líneas generales, que no tenga en cuenta las ofensas que se me hagan y que las perdone total y absolutamente siempre, que ame a todos los seres humanos con el amor con el que Dios me ama a mí, es decir, con un amor que todo lo da, que nada busca para sí, que solo mira el bien del ser amado, que no tiene límites y que se manifiesta hasta en los menores detalles. Y eso, que lo haga porque yo sea capaz de ver en todos los hombres a mis hermanos. En consecuencia, mi principal misión en la vida ha de ser la de intentar llevar a las personas que se crucen en mi camino al conocimiento de Jesucristo por el amor que les profese, de manera que experimenten el gozo supremo de sentirse atraídas por Él. Es decir, debo procurar que se dejen amar por Cristo en toda la realidad de sus personas, haciéndoles partícipes de sus pensamientos más recónditos,

de esos anhelos profundos que jamás fueron compartidos con nadie. Y también que, en su entrega total al amor de Dios, aprendan a poner ante Él todo lo que conforma sus vidas con el fin de intentar hacer su voluntad.

Actitud necesaria para cumplir la misión

Para conseguir que se produzca en los demás este deseo de Dios, he de dar un testimonio permanente con mi propia forma de vivir, sin ocultar la paz y la alegría que en todo momento me concede el Señor. No he de temer el hablar de estas cosas cuando se presente la oportunidad y, cuando no, habré de provocarla. Pero siempre con amenidad, sin caer en la monotonía, sin resultar tedioso.

Siempre me fijaré como meta el procurar el bien de los demás, de todos los demás sin acepción de personas y sin dejar de actuar en determinados momentos por pereza, desidia, cansancio o un posible peligro más o menos utópico de producir un mal en lugar del bien pretendido.

En cuanto a la forma, habré de tener cuidado para no imponer nunca lo que estimo que es la verdad que poseo con medios contraproducentes como son el autoritarismo o el recurso a algún grado de violencia.

He de proponer a la gente el conocimiento de Jesucristo “camino, verdad y vida”, mostrándome tal cual soy: un hombre como los demás, con las mismas virtudes y defectos que otros, pecador como cualquiera pero llamado por Dios para atraer a otros hacia Él. Es decir, nada de sentirme o presentarme como una persona perfecta, especial, mejor que otros, etc., pues, aparte de ser mentira, acabaría por perder credibilidad la predicación, ya que la ofuscaría mi insoportable fariseísmo.

Por eso habré de ofrecer a la consideración de quien me lo pida mi propia experiencia, sin jactancia ni falsa humildad, sin complejos ni vergüenzas, con sencillez y procurando ponerme al nivel de cada uno para que lleguen todos a entender que su propia felicidad depende estrechamente del conocimiento que tengan de Cristo, de su deseo de seguirlo y de la rectitud de su corazón.

Debo atender y escuchar a todos, no solamente a las personas que humanamente me sean más afines. Pero no debo limitarme a oírlos, sino que creo que he de escuchar a cada uno sin prisas, dedicándole todo el tiempo que precise, poniendo suma atención e interés en cuanto me diga, como si fuera la única persona que en ese momento existiera en el mundo. Para ello debo ponerme en su lugar, tratar de entender su punto de vista aunque yo no lo comparta, pues ésta es la única forma de comprenderlo, con el fin de estar

en condiciones de ayudarle en la medida en que pueda necesitar y aceptar mi apoyo.

Todo este programa ha de realizarse desde una sincera postura de humildad y con un verdadero derroche personal de misericordia hacia todos, de forma personalizada, sin subestimar a nadie, volcando el infinito amor que, procedente de Dios, anega mi corazón hacia cada persona en particular.

En resumen, he de evitar que, de mi actuación, se desprenda ante la gente que se encuentra ante un ser que a sí mismo se considera perfecto, impecable. Pues no. Debo presentarme como lo que soy: uno de tantos, con mis debilidades y pecados, reconociendo mis culpas, pidiendo perdón con sinceridad a quienes consideren que les he ofendido, estando realmente arrepentido a pesar de que no haya tenido nunca intención de producir la ofensa que se me imputa y aceptando que el ofendido no quiera perdonarme, sin que por ello le tenga que pagar con la misma moneda, pues está en su derecho y, en más de una ocasión, tampoco yo he sabido perdonar. No he de olvidar que Dios tiene su momento para cada persona y yo no soy nadie para juzgar la situación ni la intencionalidad de los demás en ningún instante.

Hablar con Dios

Está claro que un cristiano como el que acabo de describir, es decir, de verdad y tal como yo deseo ser, no se puede lograr, por mucho empeño que se ponga en ello, si no media una fuerte dosis de colaboración divina. Y Dios, como respeta tanto la libertad humana, no concederá esta gracia a nadie que no lo desee con toda la vehemencia de su alma, es decir, que no basta el quererlo a medias, de boquilla, durante el tiempo que dure cierta “come-dura de coco”, etc.

Y ¿cómo se puede “convencer a Dios” de que se desea ser un perfecto cristiano, aceptando todas sus consecuencias? Sólo es posible relacionándose con Él. Dios está pendiente de todas y cada una de las personas, desea tener una relación íntima con cada una de ellas pero respeta la libertad individual, no presiona, sabe esperar. Por eso, ante su llamada, siempre discreta, el hombre debe aceptar su ofrecimiento y entrar en contacto con Él comenzando a mantener un trato personal, íntimo y continuo.

Tiene que ser así porque esta es la forma de conocerlo en la medida en que se nos desvela en este mundo. Además, este conocimiento nos lleva a amarlo con mayor entusiasmo, nos hace sentir su presencia gratificante a pesar de las dificultades que cada uno tenga que soportar en su vida y, sobre todo, porque la relación personal con él fortifica la fe.

Varias son las formas que tenemos para relacionarnos con Dios, pero siempre a través de la Iglesia: primero, frecuentando los sacramentos, en especial la Eucaristía que es ese momento en el que Jesucristo está real y verdaderamente en nuestro corazón y nos envuelve su amor y su ternura de modo que nos convertimos en carne de su carne y sangre de su sangre, pues así lo quiso él cuando instituyó este admirable sacramento. Pero también nos podemos acercar al Señor recurriendo a las fórmulas aprobadas por la Iglesia que constituyen las oraciones. Entre ellas destaca el Padrenuestro que Jesucristo enseñó a sus apóstoles y el Rosario con sus veinte misterios, que se nos ofrecen para meditarlos durante su formulación. Naturalmente, hay otras muchas más oraciones conocidas por la mayoría de los bautizados.

Pero, con esto, no se agotan los modos de relacionarse con Jesucristo, es decir, con Dios. Es muy válido, ante las diversas vicisitudes diarias por las que pasa la persona, entablar un diálogo con el Señor como se haría con cualquier amigo o familiar. Se le puede contar lo que nos sucede, nos preocupa o las alegrías que tenemos sin recurrir a ninguna fórmula preestablecida. Dios sabe reconfortar el espíritu, hacer notar su presencia, colmar el alma de paz y de bienestar.

Naturalmente, Dios no está a nuestro servicio al modo del genio de la lámpara de Aladino, para otorgar todos sus deseos al poseedor de la lámpara, su señor. Por ello hay que saber que Dios contestará cuando quiera, que concederá lo que se le pide si es conveniente a la persona, que de esta comunicación no se sigue necesariamente una sensación placentera de elevación espiritual; es más, raras veces se experimentará eso.

También se debe estar atento a los acontecimientos de cada día, pues, a través de ellos, Dios nos muestra su voluntad. Es conveniente que cada vez que hayamos de tomar una decisión, por pequeña que sea, no actuemos en función de criterios tales como “me gusta o no me gusta”, “me apetece o no me apetece”, “me conviene o no me conviene”, “me interesa o no me interesa”, etc. Lo que debemos preguntarnos es lo siguiente: “Esto ¿es o no la voluntad de Dios para mí en este momento?”.

Una vez que la persona se habitúa a contar con Dios para todo, todavía corre el peligro de interpretar sus propios deseos como venidos de parte de Dios. De esta manera se reafirma en lo que debe de hacer como inspirado por Dios, cuando no es más que una ladina forma de hacer su propia voluntad atribuyéndosela a Dios. Los sutiles caminos del orgullo personal, de la soberbia de quien no admite haber cometido un error o de quien no soporta ser víctima de una ofensa, suelen ser nefastos para quienes caen en esas

tentaciones. Por eso, ejercitarse siempre en la humildad es fundamental para combatir las insidias del Maligno.

Por último, debo decir que el cristiano no es una *rara avis* que va por libre. Al contrario, está en comunión con otros cristianos con los que alimenta su fe. El aglutinante entre nosotros, a pesar de las lógicas diferencias que se dan entre todos los seres humanos, es Jesucristo, vivo y resucitado, siempre presente.

Esta es la forma de mostrar al mundo la verdad, la excelencia del mensaje cristiano y la manera de poder llevar a los demás la esperanza en la vida que nos tiene prometida Cristo, pues dijo que el mundo reconocerá que somos cristianos porque en nosotros se dan los signos de la fe: el amor verdadero y la unidad sin fisuras, sin que por eso nadie tenga que renunciar a la diversidad legítima que caracteriza a cada persona por haber sido hecha por Dios única e irrepetible.

Pues bien, desde mi larga, ya octogenaria, experiencia de vida, animo a todos cuantos quieran ser verdaderamente felices a seguir a Jesucristo de verdad, sin doblez de corazón. No importa quién seas ni de dónde vengas, tampoco tu ideología o creencias; Él te ama, te espera ilusionado y jamás será tarde para que te abra sus brazos y te acoja amorosamente.